

MEMORIAS DE BENÍN

Aún recuerdo aquel día en el que nos subimos en ese avión, con ganas e incertidumbre de vivir esta experiencia. No sabíamos con qué nos íbamos a encontrar, ni lo que íbamos a vivir, pero sin duda se convertiría en un viaje inolvidable y lleno de recuerdos.

Aterrizamos un 5 de Julio en una ciudad polvorienta, caótica y que nada tenía que ver con lo que nos hubiésemos imaginado. Un ejército de motos recorría las “carreteras” de Cotonou y se entrecruzaban con decenas de cabras que también paseaban sueltas por aquellas calles.

Fue un choque de realidad muy grande ver a multitud de niños por la calle, jugando con neumáticos viejos, bañados en polvo, sin zapatos y con la ropa sucia. Unos niños que a pesar de las condiciones en las que vivían, estaban llenos de vida. Eso era solo una pequeña pincelada de todo lo que nos esperaba.

Los primeros días los pasamos en una aldea de Portonovo, en una zona muy pobre en el sur del país. Llegábamos hasta dicha aldea en motos e incluso cruzamos el río en canoa.



Al ser estudiantes de medicina, nuestro trabajo allí durante esos primeros días consistía en ayudar en todo lo que necesitasen las doctoras que trabajaban en una especie de clínica/dispensario, pasando consulta y realizando cientos de pruebas de malaria a las personas que acudían allí. Benín es el país de África donde más malaria hay, y mucha gente contrae la enfermedad, enfermado muy gravemente.

Mientras tanto, la otra parte del grupo no estudiantes de medicina, pasó esos primeros días en un orfanato, ayudando y admirando la increíble labor de las monjas que dedicaban su vida a aquellos huérfanos.

Tras estos días, empezaba la larga travesía a Nikki, una aldea al norte del país donde pasaríamos las siguientes semanas. Fueron 15 horas de autobús, y aunque el autobús se balanceaba de un lado a otro en esas carreteras tan tortuosas, dentro

había un equipo perfectamente sincronizado que se notaba que tras unos días ya había aprendido a trabajar mano a mano.

Unos pocos se dedicaban a amenizar el ambiente cantando, riendo y aportando excelentes conversaciones; otros se encargaban de proporcionar los suministros para aguantar el viaje, es decir, se dedicaban a hacer deliciosos bocatas de paté y mermelada; y los más rezagados intentaban ganar unas horas de sueño para coger fuerzas para lo que se nos venía encima los próximos días.

Unas horas antes de que se pusiese el sol, llegamos a lo que sería nuestra casa el resto del mes. Tras dejar las maletas, asentarnos y comer algo rápido, subimos a la azotea a ver el atardecer con el que nos recibía el pueblo de Nikki.



Nikki es distinta a Porto-Novo, quizás un poco más pobre a mi parecer, con más porcentaje de personas musulmanas y por supuesto, llena de niños alegres que nos sonreían y nos decían llenos de energía: “batulé, batulé”, que significa “blanco, blanco” en su idioma.

Como en casi todo África, la agricultura es el principal medio de economía y se podía ver cómo los hijos de las familias, en cuanto fuesen lo suficientemente mayores para poder trabajar, se iban directos al campo, sin ninguna oportunidad de formarse y tener una educación integra que en un futuro pudiera brindarles un trabajo mejor y una oportunidad para poder salir de aquella pobreza.

El colegio *Notre Dame Du Mont Carmel* era como un oasis en medio de toda esta pobreza, un lugar asombroso, organizado, que abría una puerta a todos los niños de Nikki hacia un futuro distinto de lo que habían conocido las generaciones pasadas.

La verdad es que es increíble ver cómo gracias a la colaboración de muchas personas desde España, se haya conseguido construir y mantener este colegio. Un colegio que abarca desde infantil hasta bachillerato, y a día de hoy educa a 575 alumnos.

El proyecto sigue en marcha, y poco a poco va creciendo cada vez más; este verano, pudimos ver cómo estaban construyendo un nuevo módulo que albergaría departamentos administrativos, una biblioteca, laboratorio, aula magna, sala de informática y otros servicios auxiliares, liberando algunas aulas actualmente dedicadas a esos fines en los edificios actuales. Además, coincidimos unos días con la arquitecta del nuevo módulo, Amaia, que trabajaba día y noche para que la obra fuera bien y acabase lo antes posible.

El resto de los voluntarios no estudiantes de medicina, pasaron en el colegio sus días, en las aulas, impartiendo el cursillo de verano a aquellos niños que quisieran acudir.



Muchos de los voluntarios tenían experiencia dando clases particulares en España, pues bien, esto no tenía nada que ver. Aquí no solo tenían que saber qué explicarles sino también cómo explicárselo. No era tarea para nada fácil, los niños estaban repletos de energía y si no les mantenías activos, te acababan comiendo...

Pese a todo, aunque hubiera algún niño más trasto que otro, se llevaron nuestro corazón. Eran tan cariñosos y agradecidos, que el último día del cursillo, tras la entrega de diplomas, más de uno soltamos alguna lagrimilla al despedirnos, igual que ellos, que no paraban de darnos abrazos y pedirnos nuestros números de teléfono, para que estando en España pudiéramos seguir en contacto.

Durante estos días de clase, nosotras, que estudiamos medicina, estuvimos yendo al hospital de Nikki.

Adelf era el encargado de llevarnos cada día al hospital, qué estaba a cinco minutos en coche desde casa. Todos los días nos esperaba a las 7:00 de la mañana en la puerta de casa, pitándonos con el claxon, y como nos retrasásemos un poco, se iba sin nosotras... no sé si fue por nuestra prisa o por la benevolencia de Adelf, que nunca llegó a irse sin nosotras...



Recuerdo el primer día que llegamos: el director del Hospital salió a recibirnos, y junto con el padre Aurelio, nos enseñaron el Hospital, dándonos una vuelta por todos los departamentos. La verdad es que fue impactante. Nada parecido a los hospitales que estábamos acostumbradas a ver en nuestras prácticas de la universidad. Era un sitio sucio, sin ningún tipo de orden, y con cientos de pacientes que incluso dormían en el suelo de aquel lugar a falta de habitaciones.

Había muchos servicios, entre ellos ginecología y pediatría, que es donde estuvimos la mayor parte del tiempo.

Fue alucinante todo lo que pudimos ver y aprender... pero, sobre todo, nos dimos cuenta de la suerte que tenemos de haber nacido en España. Vimos un montón de partos, todos por supuesto, sin epidural. Las mujeres sufrían mucho, pero más que el dolor físico, sobre todo nos llamó la atención que estaban solas, sufrían sin que nadie las acompañase. Aunque solo éramos estudiantes de 2º de medicina y no sabíamos mucho de temas médicos, éramos capaces de darles la mano y



acompañarlas en su dolor para que no estuvieran solas. Algún que otro parto se complicó, y se nos partía el alma al ver la falta de recursos para salir de aquellas difíciles situaciones. Vimos situaciones muy complicadas que jamás se me olvidarán y quedarán en mi corazón para siempre.

Los niños estaban en el área de pediatría, había como 5 niños por camilla, sin hueco para moverse. Niños muriéndose, en coma con úlceras de decúbito, toses, llantos y olor a sucio y putrefacto era de lo que estábamos rodeadas en aquel sitio. La higiene era pésima y las infecciones y complicaciones muy abundantes. En general, los pacientes tardan mucho en acudir al hospital debido al alto coste de la sanidad y los medicamentos, que apenas se pueden permitir.



Era muy triste ver las condiciones tan pésimas en las que esas personas estaban; y sobre todo era triste pensar en cómo sabíamos que si estuvieran en España, tendrían una oportunidad de salir adelante y mejorar mucho más rápido y mejor.

El viaje fue llegando a su fin y viajamos otra vez hacia el sur del país hasta la casa de los misioneros, donde habíamos estado los primeros días. Antes de irnos tuvimos la oportunidad de ir a Ouidah. Tuvimos una explicación sobre lo que ocurrió allí durante cuatro siglos, aprendimos sobre toda la historia de la esclavitud, vimos el monumento a los misioneros que evangelizaron Benín y la Puerta del no retorno.

También visitamos la Iglesia de la concepción y el templo de las pitones de la religión animista.



Y llegó el día de volverse a España. Ese día que no queríamos que llegase.

Se habían acabado las tres semanas de intensidad y felicidad pura. Es verdad que iba con ganas de volver a ver a mi familia y amigos y de volver a mis comodidades de Madrid, pero lo que realmente sentí al subirme en ese avión era pena, tristeza de que aquello que me hizo tan feliz durante aquellos pocos días se acabase. Fue subirnos en el avión y empezar a echar de menos todo aquello que habíamos vivido.

Al volver a España me di cuenta de muchas cosas. De que tenemos tanto, que a veces no nos damos ni cuenta. Que las personas que viven en Benín no tienen de nada y aun así se levantan cada día con una sonrisa imborrable. Hay que aprender a vivir como ellos, a entender que lo verdaderamente importante es el valor de las pequeñas cosas.

Aunque en tres semanas no da tiempo a cambiar una persona, se planta una semilla en el corazón que es sólo el principio. El principio de una misión que hemos descubierto, de vivir entregándonos al prójimo. De una manera de entender que no hay que conformarse con la pobreza y precariedad de una sociedad, sino que hay que aspirar a cambiarla, a proporcionar estas herramientas a la sociedad beninesa para que puedan salir de la pobreza en la que están inmersos. FUNDEBE, ha hecho posible esto con su impresionante labor gracias a la colaboración y ayuda de muchas personas desde España, sabemos que el reto es duro y a largo plazo, y por eso os animo a colaborar de cualquier forma posible.



Y por último, simplemente dar las gracias. A mi amiga Paula, la primera, que fue quién me recomendó ir a Benín; y gracias a ella pudimos vivir esta experiencia mis amigas Blanca, Jime y yo. Y en especial las gracias al Padre Aurelio, gracias por haber estado tan pendiente de nosotros en todo momento, por acercarnos a la realidad de esta manera tan bonita, y por habernos enseñado lecciones que jamás olvidaremos.

Tatiana Menéndez- Tolosa de la Torre

3º de Medicina UFV

